



SEGUNDA PARTE DE LA
historia sagrada , en que se declaran
los zelos del Señor San Joseph , y el
dichoso nacimiento de nuestro
Redentor Jesu-Christo.

Por Lucas del Olmo Alfonso.



DE casa de Zacarías
salió la sagrada Reyna,
acompañando à su Esposo:
luego que à su casa llegan,
reparó un dia Joseph,

sobresaltado y con pena
en el vientre de su Esposa,
y entre sí à decir empieza:
inmenso Dios de Israel,
qué novedades son estas?

mi

mi Esposa veo preñada,
aunque no sé si lo crea.
Que los dos hicimos voto
de castidad, cosa es cierta:
mas veo que está preñada,
esto algun misterio encierra:
si hay misterio, no lo sé.
Ay Dios, qué terrible pena!
Quiero ausentarme y dexarla:
mas q̄ bien tēdré en su ausencia,
siendo todo mi consuelo
el gozar de su presencia!
y si yo la desamparo,
quién tiene de socorrerla?
muchacha pobre y sin padre,
el cielo la favorezca.
Me retiraré à un desierto,
donde gentes no me vean,
allí acabaré mi vida
en áspera penitencia,
rogando continuo à Dios,
que la ampare y favorezca.
Quédate con Dios, Maria:
à Dios, carísima prenda,
que el apartarme de ti,
sabe Dios lo que me cuesta:
mas no puedo hacerlo menos,
que puede mucho una afrenta:
cómo ha de haber en mi casa
hijo que mio no sea?
Me saldré à la media noche,
que mi Esposa no me sienta:
quiero recogerme al sueño,
mientras la hora se llega.
Apenas Joseph dormia,
si puedo decir apenas,
entró el Angel San Gabriel,
diciendo: Joseph, despierta,
recibe à tu casta Esposa,
y vuelve en gozo tu pena,

que ese dichoso preñado
obra es de la Omnipotencia,
viene à salvar à Israël,
que ha tantos siglos le espera:
ponle por nombre JESUS.
Qué alegre Joseph despierta,
dándole gracias à Dios
por tan gran magnificencia!
Se fue al quarto de su Esposa,
y de repente la encuentra
en éxtasis soberano,
cercada de refulgencias;
y postrándose en el suelo,
entre sí à decir comienza:
ò Esposa del alma mia,
qué desgraciado que fuera,
si yo te hubiera dexado!
qué desdicha me viniera!
Desde aquel día à su Esposa
trató con mas reverencia.
Llegaron los nueve meses,
y ha mandado Augusto César,
que los padres de familias
à pagarle un censo vengán,
cada uno en la Ciudad,
donde fue su descendencia.
Era Joseph de Belén,
y por eso le fue fuerza,
el ir à pagarlo allá,
y à su Esposa le dió cuenta,
mostrando algun sentimiento,
por estar el parto cerca.
La Virgen le respondió:
Esposo, no tengais pena,
que yo os iré acompañando.
Joseph le dió por respuesta:
ò lo que siento el ser pobre,
por no tener conveniencia,
para poderos llevar
con la debida decencia
que

que merecis Madre è Hijo!
Esposo, no tengais pena,
que llevar vuestra compañía
es la mayor conveniencia,
que es mi Hijo agradecido,
y recibe por fineza
lo que ofrece el corazon,
quando es la voluntad buena.
En fin buscó un jumentillo,
en que acomodó à la Reyna,
con las cosas necesarias,
y una caxita en que lleva
las faxas para el Infante,
por lo que Dios dispusiera.
Comenzaron su camino:
ò quién tan dichoso fuera,
que les fuera acompañando!
O mi Dios, y quién los viera
cercados de Serafines!
qué bien guarnecido llevan
al Lecho de Salomón,
y aquella Arca verdadera,
que lleva dentro el Maná,
y aquel Sol que reverbera
con sus relucientes rayos
por las claras vidrieras
de aquel vaso de cristal!
Ay mi Dios, quién los oyera,
quando decia Joseph:
Esposa, qué dicha es esta?
que ha de nacer en mi casa
aquella Luz verdadera!
que ha de vivir con nosotros!
que ha de comer à mi mesa!
quando llegará este día,
que ya mis ojos le vean!
La Virgen le respondia:
Esposo, tened paciencia,
que presto llegará el día,
que goceis de su presencia.

Con estos dulces coloquios
se divertian las penas
de tan áspero camino
de arroyos, montes y cuevas.
Iba Joseph cuidadoso
del preñado de la Reyna,
preguntando à cada paso,
si va con desconveniencia.
Esto fue el mes de Diciembre,
en tiempo que llueve y yela,
que aun esto permitió el cielo
para probar su paciencia.
Luego que à Belén llegaron,
Joseph con gran diligencia
comenzó à buscar posada,
llamando de puerta en puerta,
entre amigos y parientes;
pero todos se la cierran.
Por hospicios y mesones
prosiguen sus diligencias,
mas como les ven tan pobres,
los huéspedes los desechan.
Desconsolado Joseph,
con su Esposa se lamenta:
es posible, Esposa mia,
que en una Ciudad como esta
no hemos de encontrar posada?
esto algun misterio encierra.
Que no ha de haber quien recoja
al Rey del cielo en la tierra!
Salgamos de la Ciudad,
que aquí cerca está una cueba,
que les sirve à los Pastores
de establo para las bestias,
que si está desocupada,
descansaremos en ella.
Luego que en la cueba entraron,
ambos se postran en tierra
à darle gracias à Dios.
Joseph encendió candela,
pa-

para librarse del frío,
y la oficiosa Doncella
sacudió y barrió el portal,
muchos Angeles con ella,
derramando tal fragancia,
que los sentidos consuela.
Luego el Señor San Joseph
con la ropita que llevan,
en un pesebre que estaba
en aquella humilde cueba,
hizo a su Esposa la cama;
la qual de rodillas puesta,
contemplando aquel misterio,
y elevadas las potencias,
parió al Salvador del mundo,
quedando siempre doncella.
San Miguel y San Gabriel
con debida reverencia
le reciben en sus manos,
y a su Madre se lo entregan.
Quando en sus brazos le vido,
mas puro que las estrellas,
y mas hermoso que el sol,
asi a decirle comienza:
alegría de los cielos,
gloria y hermosura eterna,
dulce vida de mi alma,
qué hará esta esclava vuestra,
para acertar a serviros?
dadme vos la inteligencia.
Mirad, hijo de mi alma,
que vuestra Madre ya espera
el ósculo misterioso,
que allá la Esposa desea.
Y aplicándole los labios
a aquella boca de perlas,
recibió tanta dulzura,
que enagenada se queda.
El Patriarca Joseph

que en un rincon de la cueba
orando está de rodillas,
en viendo aquella belleza,
ya le mira y ya se admira,
ya le adora y reverencia,
y besándole los pies
con humildad verdadera,
de un grande gozo bañado,
le dice dos mil ternezas,
y administrando las faxas
en que su Esposa lo envuelva,
lo reclinó en el pesebre,
quando por los ayres suenan
los Músicos celestiales,
cantando divinas letras:
gloria a Dios en las alturas,
y paz al hombre en la tierra.
Entraron en el portal
millares de Inteligencias,
adorando al Criador
en nuestra humana librea,
y avisados los Pastores,
vinieron con diligencia
a adorar al tierno Infante,
y a su Madre reverencian.
Vamos todos a adorarle,
antes que los Reyes vengan,
y a ofrecerles nuestros dones
con devocion verdadera,
almas, vidas, corazones,
los sentidos y potencias:
por oro la caridad,
por mirra la penitencia,
por incienso la oracion,
contemplando en su belleza,
sirviéndole en esta vida,
para gozarle en la eterna.
Y el perdon Lucas del Olmo
de sus defectos espera.